

DE BUENAS LETRAS

Eméritos

ARCADIO ORTEGA MUÑOZ
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Esta Academia tiene ya un porcentaje muy alto de eméritos, es decir, de académicos que han superado los setenta años de edad, límite establecido en sus Estatutos para dejar todas las obligaciones indelegables de los académicos numerarios y asumir solo aquellas que voluntariamente acepte aquel que en su nuevo estadio solo perderá el derecho de voto, sin que se mermen sus otros posibles y sus reconocimientos.

Rafael Guillén, José G. Ladrón de Guevara, Manuel Villar Raso, Rosaura Álvarez, Enrique Morón, Enrique Martín Pardo, Antonio Sánchez Trigueros, Antonio Carvajal y el que esto escribe, superados los setenta años de vida y afortunadamente con las facultades mentales en posición de revista, como puede constatarse por los escritos y actividades de cada uno de ellos, constituyen una reserva real y espiritual para la Academia, que supongo no poseen otras tantas instituciones similares. Y esto se constata con la simple observación de todos los miembros nombrados en sus quehaceres y presencias.

Y cada paso de un académico numerario

al estrato de supernumerario supone para la institución la entrada de un nuevo académico, ampliándose en saber el bagaje que acumula la Academia, renovándose el acervo general con la aportación del nuevo recipiendario y no siendo necesario el relevo generacional, tan reclamado en tantos estamentos de la vida social, ante el anquilosamiento que podría suponer ninguna entrada en el tiempo.

Solo dos fallecidos, Francisco Izquierdo –quien ideó esta Academia y consiguió su creación– y Juan Jesús León, ambos con un futuro literario claro y esperanzador, nos dejaron en los primeros once años de realidad académica.

Este sistema de ingreso continuo y espaciado en fechas, que se ha producido a través de los últimos diez años, ha permitido que se incorporaran y se encuentren formando cuerpo con los primeros elegidos y siguientes los académicos Eduardo Castro, José Ignacio Fernández Dougnac, Wenceslao Carlos Lozano, Jacinto Martín, Juan Varo, José Gutiérrez, José Vicente Pascual, Sultana Whanon y Esteban de las Heras, todos ellos de contrastado prestigio en sus respec-

tivas actividades, de lo que son exponentes sus intervenciones y publicaciones en el ámbito de la literatura, recomendables para su consideración y reconocimiento.

Esta dinámica, que es cosa nimia para esta Academia y ejemplo para tantas instituciones anquilosadas que necesitan una renovación, hace que la edad media de los académicos numerarios ahora, hoy, esté en los cincuenta y nueve años. De no haberse arbitrado este relevo, llevadero y sencillo, la edad media de los miembros de la Academia sería en la actualidad de setenta años, como puede calcular cualquier curioso. Lo que haría que, salvo muertes –no queridas, por cierto–, en un futuro no muy lejano la edad media de los académicos podría superar los ochenta, si nos atenemos a la esperanza de vida que de vez en cuando nos recuerdan los estudios demográficos, y entonces la Academia sería criticable, y con razón, por constituir una institución de longevos en su totalidad y, por tanto, suponemos, proclives a estar ajenos al crisol de la juventud creadora que en esos años pulule por los derroteros de la literatura, conscientes todos, ellos y los observadores, de haberse quedado fuera de la Academia muchas personas valiosas que hubieran podido aportar su saber y su obra para cumplir los destinos fundacionales de la corporación, que no son otros que la difusión del conocimiento, de la literatura, y responder a las demandas que la sociedad y las instituciones públicas requieran, ya que la Academia constituye un ente de derecho público y, por tanto, órgano consultivo de las instituciones del Estado, la Comunidad Autónoma, la provincia y el municipio.